

UNA VISIÓN DEL EXILIO LITERARIO DE 1939 OCHENTA AÑOS DESPUÉS

Francisco José Peña Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: mayo 2019/ aceptado: mayo 2019

RESUMEN

El artículo traza un análisis crítico sobre el exilio literario español de 1939. Partiendo de una visión sobre la propia realidad del exilio y sus circunstancias, el autor esboza una explicación de cuántos y quiénes fueron los narradores, poetas, dramaturgos y ensayistas que, tras salir de España con el final de la guerra civil, siguieron dando a la imprenta títulos necesarios e imprescindibles para la Historia de la Literatura Contemporánea Española. Se incluye, además, el exilio interior. Asimismo, el autor, a partir de otros trabajos académicos anteriores propone recuperar la literatura exiliada como elemento indispensable de la memoria histórica.

PALABRAS CLAVE

Exilio. República. Literatura. Novela. Poesía. Teatro. Ensayo. Exilio interior.

Introducción

El LXXX Aniversario del final de la guerra civil y del inicio del exilio para cientos de miles de españoles quizás sea un momento adecuado para fijar la mirada en los intelectuales españoles que, por su identificación y militancia con la Segunda República, tuvieron que abandonar el país hacia un lugar y un futuro inciertos. La contienda civil de 1936-1939 derivó, desde antes de su final, hacia factores añadidos a los meramente bélicos:

«La Guerra Civil (1936-1939) produjo heridas muy profundas en la sociedad española, muchas de las cuales siguieron abiertas durante la

posguerra. El hambre, la pobreza y la emigración, la represión política y el aislamiento internacional, el exilio y la censura fueron signos de una realidad dramática que fue disimulándose paulatinamente bajo la capa protectora del «desarrollismo» iniciado a finales de los 50»¹.

Así, entre 200.000 y 400.000 españoles abandonaron el país como consecuencia del conflicto, constituyendo lo que se ha denominado “exilio republicano” o “la España peregrina”. Algunos de los diversos estudios que se han ido publicando en las últimas décadas fijan entre esos márgenes el exilio más importante de la historia de España, cualitativa y, sobre todo, cuantitativamente, muy por delante de los exilios liberales del siglo XIX². En esas cifras están contempladas las profesiones liberales y, singularmente, los intelectuales; en ese sentido, José Luis Abellán habla de 5.000 profesores, artistas e intelectuales, mientras que la escritora Aurora de Albornoz (1926-1990), exiliada a su vez, anotó que «alrededor del noventa por cien de la *intelligentsia* había tomado camino del exilio»³. Complementariamente, Carlos Blanco Aguinaga —otro importante hispanista exiliado—, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala matizan que «el noventa por ciento de la inteligencia hispana se encontraba en el exilio [en 1940], entre ellos 110 profesores universitarios, 200 de instituto y 2.000 maestros»⁴.

Desde mi punto de vista, más allá de las cifras —sin duda importantes y definitorias como se ha visto—, importan también las

1 Jesús Arribas, “Presentación”, en Francisco Ayala y otros, *Cuentos (1940-1960)*, Madrid, Castalia, 2000, p. 7.

2 José Luis Abellán (dir.), *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1977, pássim; Manuel Aznar Soler, “La historia de las literaturas del exilio republicano español de 1939: problemas teóricos y metodológicos”, en *Migraciones y Exilios*, 3 (2002), pp. 9-22; Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres, *Manual de literatura española. XII. Posguerra: introducción y líricos*, Pamplona, Cénlit, 2005, pp. 28-29; Claudio Bolzman, “Elementos para una aproximación teórica al exilio”, en *Revista Andaluza de Antropología*, núm. 3: *Migraciones en la globalización* (septiembre de 2012), pp. 7-30.

3 Aurora de Albornoz, “Poesía de la España peregrina: crónica incompleta”, en José Luis Abellán (dir.), *op. cit.*, p. 73.

4 Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala, *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, Madrid, Akal, 2000, Vol. II, pp. 426-427.

circunstancias vividas por los autores una vez fuera de España ya que, en muchos casos, al alejamiento físico se sumó el silencio literario, roto única y parcialmente con la consolidación democrática en España. Sin duda Manuel Azaña y Antonio Machado son para nosotros los dos exiliados egregios de la II República, a los que acompañó además de la soledad, la enfermedad; pero igualmente esas circunstancias se repitieron en otros escritores republicanos, tal como ha sido recordado en referencia a figuras como Arturo Barea y Manuel Chaves Nogales. A modo de ejemplo, Antonio Muñoz Molina rememoraba en 2010, acerca del autor de *La forja de un rebelde*, que:

«Fue William Chislett quien me puso sobre la pista de la nueva vida que tuvo Arturo Barea en su exilio inglés, después de la calamidad de la guerra española y de los meses de hambre, miedo y desarraigo en París. Y también fue él quien encontró la lápida dedicada a la memoria de Barea y de su esposa Ilse en un pequeño cementerio inglés. La lápida estaba muy abandonada, así que nos juntamos unos cuantos españoles e ingleses para pagar su limpieza y su restauración».

Más recientemente Carlos Fresneda y Eduardo Madina han traído a nuestra memoria, desde las páginas de *El Mundo* y *El País* respectivamente, la odisea del periodista y escritor Manuel Chaves Nogales (1897-1944). Del autor de *A sangre y fuego* (1937) o *La defensa de Madrid* (1938) recuerda Madina que:

«Transcurridas más de siete décadas, un recuerdo de flores sigue amaneciendo, algunos días, en la sepultura CR19 del cementerio londinense de Fulham. Allí se encuentran sus restos, en una tumba sin lápida y sin nombre, sin nada que distinga el pequeño espacio en el que, el mejor periodista de la historia de España, cumple una pena de olvido. La que le impuso un país, el suyo, que nunca le ha regalado excesivo tributo de comprensión, reconocimiento o memoria»⁵.

5 Antonio Muñoz Molina, “Una lápida para Arturo Barea”, 11.11.2010, en antoniomuñozmolina.es; Carlos Fresneda, “El mapa emocional del exilio y el destierro español en Londres”, *El Mundo*, 3.3.2019, p. 26; Eduardo Madina, “Recuerdo contracultural de Chaves Nogales”, *El País*, 9.3.2019, p. 9.

La nómina de escritores exiliados como consecuencia de la guerra o de su final es tan amplia que un trabajo de estas características apenas la puede recoger sino como una mera fórmula de apuntes que, necesariamente, tienen que comenzar con Manuel Azaña, presidente de la Segunda República y con el poeta de la Generación del 98 Antonio Machado, insisto. En ese sentido, narradores, poetas, dramaturgos, filólogos, historiadores y un sinfín más de intelectuales de primer nivel dejaron España con la victoria franquista en 1939, pero eso no implicó una ruptura creativa en la literatura española contemporánea, como tampoco la supuso en la obra particular de cada uno de los autores trasterados —salvo ciertos casos—; es más, una vez en el exilio, muchos de ellos dieron a la imprenta algunas de sus mejores obras y, por extensión, de los mejores títulos de la literatura del siglo XX español.

Hasta nuestros días hemos venido separando, en el plano crítico, la literatura del interior —franquista o no— de la del exilio, a pesar de que, en mi opinión, esta fórmula únicamente implica separación geográfica, no filológica. No obstante, el profesor Francisco Caudet defiende un nuevo método que modifique ese punto de vista y aúne toda la literatura, sea del interior o del exilio, probablemente con un punto de vista más crítico que permita aunar la memoria, la literatura y la historia; una reivindicación lógica, asimismo, que resolvería el olvido en el que han caído muchos de los autores de “la España peregrina”, como también apunta Santos Sanz Villanueva⁶. En cualquier caso, importan igualmente la memoria y los nombres, las circunstancias de la creación y la vida, las propias obras y, por supuesto, la recuperación de todo ello mediante el estudio y la lectura. Tampoco podemos olvidar que, además del exilio exterior, existió un exilio interior imbricado en un aislamiento de la vida intelectual de la España franquista, acompañado además del ostracismo al que el régimen sometió a algunos intelectuales, como a la filóloga María Moliner (1900-1981), autora del imprescindible *Diccionario de uso del español* (1966-1967).

Las circunstancias del exilio de aquellos españoles —intelectuales o no— fueron dispares y del mismo modo la trayectoria literaria de los

6 Francisco Caudet, “¿De qué hablamos cuando hablamos del exilio republicano de 1939?”, en *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 739 (septiembre-octubre 2009), pp. 993-1007; Santos Sanz Villanueva, *Historia de la literatura española. El siglo XX. Literatura actual*, Barcelona, Ariel, 2008, p. 179.

autores que aquí se citan implicó caminos distintos para esos escritores y pensadores. Así pues, algunos continuaron su producción literaria fuera de España, como Rafael Alberti (*Entre el clavel y la espada*, 1939-1940), Arturo Barea (*La forja de un rebelde*, 1941-1944) o Luis Cernuda (*Las nubes*, 1943); otros dieron a la luz algunas de sus mejores obras, como León Felipe (*Ganarás la luz*, 1943), Ramón J. Sender (*Crónica del alba*, 1942-1966; *Réquiem por un campesino español*, 1953) o Emilio Prados (*Memoria del olvido*, 1940); los más desafortunados dejaron lo más importante de su obra publicada en España, antes de su partida, tal que los narradores social-realistas Joaquín Arderius (*Campesinos*, 1931) y César M. Arconada (*La turbina*, 1930).

En otro orden de cosas, el hecho del exilio se produjo no solamente por la necesidad de salvaguardar la vida o la libertad individual —lo más urgente frente al franquismo victorioso—, sino también por la propia identificación de los escritores con los valores y principios de la II República. Se trata, por tanto, de un exilio de masas con un marcado carácter político. Previamente, el conflicto dividió a los españoles en dos concepciones diferentes de entender la sociedad, la economía, la fórmula política para España e incluso la Cultura y, una vez concluido ese tiempo, quienes perdieron en el campo de batalla tomaron el camino del exilio, con la ideología intacta en la mayoría de los casos. Con otras palabras, Manuel Aznar Soler precisa que «el exilio republicano de 1939 fue, por tanto, un verdadero exilio y no una “emigración” económica, es decir, un exilio de “refugiados” políticos que huían de la represión, la cárcel o la muerte a que los condenaba la Victoria»⁷. Por esta razón, coincido con la profesora Ascen Muñoz Jara cuando señala que «la lectura de una obra es inseparable de la ideología o de la forma de pensar del escritor»⁸; algo que, en palabras de Miguel García-Posada, implica por nuestra parte que «nunca somos neutrales. No es neutral dar el sí al Neruda poeta pero negárselo al Neruda marxista»⁹. Más aún, muchos de los escritores exiliados militaron abiertamente en los partidos políticos republicanos o ejercieron cargos políticos sustentados por esos grupos políticos: Max Aub, Arturo Barea, Eleazar

7 Manuel Aznar Soler, *art. cit.*, p. 11.

8 Conversación del autor con Ascen Muñoz Jara, IES José Conde García, Almansa (Albacete), 13 de marzo de 2019.

9 Miguel García-Posada, *El vicio crítico*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. 94.

Huerta Valcárcel, Manuel D. Benavides o José Gaos militaron en el PSOE; Claudio Sánchez Albornoz, José Díaz Fernández y Juan José Domenchina fueron miembros de Izquierda Republicana; Joaquín Arderius perteneció al Partido Radical; Rafael Alberti, Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Tagueña o Segundo Serrano Poncela engrosaron las filas del PCE y Alfonso Rodríguez Castelao fue destacado militante del Partido Galleguista.

Pero... ¿quiénes fueron los autores exiliados? Al fenómeno histórico y político se suma el literario, como se viene señalando, pero los escritores exiliados no supusieron un grupo homogéneo y coherente, sino que destaca por su pluralidad, tanto por su concepto creador como por el género literario escogido, los países en que recalaron tras su salida de España o la edad que tenían en ese momento. Sanz Villanueva nos habla de intelectuales nacidos entre finales del siglo XIX y los años treinta, acotando tres generaciones: la de los mayores, nacidos antes de 1900 (Arturo Barea); los intermedios, cuya venida al mundo lo fue hasta 1915 (Ramón J. Sender) y un tercer grupo formado por los hijos de quienes se exiliaron¹⁰. Desde otro punto de vista, en un trabajo anterior sostuve que en vísperas de la Transición se hallaban en el panorama literario español varias generaciones de escritores, como la de los “jóvenes de la guerra”, nacidos entre 1910 y 1920 (Camilo José Cela, Gonzalo Torrente Ballester, Miguel Delibes) o la de los “niños de la guerra”, venidos al mundo entre 1920 y 1935 (Ana María Matute, Luis Garrido, Francisco Umbral)¹¹: en el primer caso podríamos situar a expatriados como Segundo Serrano Poncela, Manuel Andújar o Ramón J. Sender y en el segundo a Teresa Pàmies, Aurora de Albornoz o Paco Ignacio Taibo. Aun así, la inmensa mayoría de los autores trasterrados nació entre finales del siglo XIX y 1910.

10 Santos Sanz Villanueva, *op. cit.*, pp. 179-180.

11 Francisco José Peña Rodríguez, “La novela sobre la Guerra Civil desde 1975: el caso de Joaquín Leguina”, en *Revista de Historiografía*, nº 18 (01/2013), Getafe, Universidad Carlos III, p. 82.

1. Diáspora de narradores¹²

Convencionalmente, tomamos como los grandes narradores del exilio a Arturo Barea, Max Aub, Ramón J. Sender y Francisco Ayala; más allá de ese acertado punto de vista, compartido por una mayoría de críticos (Martínez Cachero; Soldevila Durante; Sanz Villanueva; José-Carlos Mainer), el exilio dispersó otros nombres que, con mayor o menor fortuna, engrosaron igualmente nuestra literatura con extraordinarias novelas.

MANUEL AZAÑA (1880-1940), jefe del gobierno republicano y presidente de la II República (1936-1939), destaca principalmente por sus diarios, auténticos registros de su época política y parlamentaria (p. e.: *Diarios*, 1932-1933), la mayoría de los cuales ha visto la luz recientemente gracias a historiadores como Santos Juliá o Isabelo Herreros, entre otros. Mayor cercanía a la prosa literaria —al diálogo del siglo XVI— tiene *La velada en Benicarló* (1939), profunda reflexión sobre la guerra civil y, por las circunstancias ulteriores, testamento político y moral del líder de Izquierda Republicana. Azaña argumenta que esta obra «exhibe agrupadas, en formación polémica, algunas opiniones muy pregonadas durante la guerra española, y otras, difícilmente audibles en el estruendo de la batalla»¹³. La fórmula estructural original permitió, en plena Transición, una versión teatral que omitió un pasaje —en el que habla Pastrana— a mi modo de ver imprescindible:

«Esta guerra no sirve para nada. Se entiende, para nada bueno. No resuelve nada. Ya me contentaría con que el daño consistiera en pagar demasiado precio por un régimen. Siempre habríamos adquirido algo, aunque fuese caro. No es así; concluida, subsistirán los móviles que la han desencadenado y las cuestiones de orden nacional que se ha querido solventar a cañonazos reaparecerán entre los escombros y los montones de muertos, empeoradas por la guerra».

¹² En adelante y en todos los apartados, citaré las obras a las que he tenido acceso total o parcialmente; también aquellas que se recogen críticamente en la mayoría de los estudios académicos que cito a pie de página y, en definitiva, las que el lector podrá, de una manera u otra, encontrar más fácilmente para su lectura y/o consulta.

¹³ Manuel Azaña, *La velada en Benicarló* (versión teatral de José A. Gabriel y Galán y José Luis Gómez), Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. 27.

Reflexión por reflexión, aquella versión teatral de 1981 incorporó una novedosa intervención, asignada al personaje de Lluch, que cerraba la obra aludiendo al histórico final del discurso barcelonés del 18 de julio de 1938:

«Cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones..., si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelva a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla... y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad, Perdón»¹⁴.

Sin lugar a dudas, ARTURO BAREA (1897-1957) trazó una histórica visión de España en *La forja de un rebelde* (1951), autobiográfico episodio nacional que recorre las décadas anteriores a 1936, fecha esta que cierra la extensa obra, en el momento en que Madrid resiste ante los asedios del ejército franquista. Menor intensidad destila *La raíz rota* (1952), otra novela recuperada recientemente en España (2009) y cuya acción se sitúa en la España de posguerra, que Barea idealiza pese a sus buenas intenciones estéticas. Contemporáneamente, MAX AUB (1903-1972) desarrolló lo más importante de su obra narrativa en su exilio mexicano: *El laberinto mágico* (1943-1968) o *La calle de Valverde* (1961), entre muchas. De los seis tomos de la primera destaca, a mi modo de ver, *Campo de los almendros* (1968), auténtica crónica del final de la guerra, del dolor de la pérdida republicana y esbozo del inicio del exilio; con esos mimbres, la novela combina el episodio histórico, las emociones humanas y el retrato colectivo de un pueblo que ha visto fracasar sus esperanzas con la derrota en la guerra:

«La imagen más clara de esa derrota se había producido dos noches antes, entre el 30 y el 31 de marzo en el puerto de Alicante, donde miles de personas aguardaban para huir de la España de Franco en unos barcos que nunca llegaron. “Este es el lugar de la tragedia: frente al mar, bajo el cielo, en la tierra. Este es el puerto de Alicante, el 30 de marzo de 1939. Las tragedias siempre suceden en un lugar

14 *Ibid.*, p. 231.

determinado, en una fecha precisa, a una hora que no admite retraso”, escribió Max Aub en *Campo de los almendros*, que cierra su serie de novelas sobre la Guerra Civil titulada *El laberinto mágico*¹⁵.

Por otra parte, *La calle de Valverde* debería entenderse como “precuela” de ese “laberinto mágico”, por su ambientación en la dictadura de Primo de Rivera.

RAMÓN J. SENDER (1901-1982) comenzó como novelista con *Imán* (1930) o *Mister Witt en el cantón* (1935); estas obras, entre otras, combinan ya la mirada histórico-política con la ficción. Además, *Viaje a la aldea del crimen* (1934), auténtica *non fiction novel* sobre los sucesos de Casas Viejas, dotó al aragonés de una extraordinaria capacidad narrativa, más tarde consolidada en el exilio. Fuera de España, tras la muerte de su esposa y su propio paso por un campo de concentración, escribió algunas de sus novelas más reconocidas, como *Crónica del alba* (1942-1966) y *Réquiem por un campesino español* (1960; versión inicial *Mosén Millán*, de 1953). La primera, al modo de Barea, traza un retrato de la Segunda República y la guerra civil; la segunda implica una reflexión sobre el papel de la Iglesia Católica durante la guerra y los años que la precedieron.

Entre los demás narradores españoles exiliados destaca la figura de FRANCISCO AYALA (1906-2009), quien se había iniciado en las letras con anterioridad a la guerra civil. Este letrado de las Cortes republicanas se exilió en Argentina, en donde desplegó una fecunda labor literaria en la que destaca *Muertes de perro* (1958), obra cercana a las novelas de dictadores (*Tirano Banderas*, de Valle-Inclán; *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias o *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa). Por otro lado, la crítica ha destacado reiteradamente *La cabeza del cordero* (1949) como una de sus principales obras: un conjunto de cinco relatos, relacionados temáticamente por la guerra civil, que se ha visto sucesivamente reeditada en España en las últimas décadas con singular éxito editorial. Tras su regreso definitivo a España,

15 J. A. Aunión, “Derrotados, fugitivos y exiliados”, en *El País*, 31.3.2019, p. 31. La intención primera de Max Aub fue la de «dar testimonio escrito de lo ocurrido en aquellos tres años de enfrentamiento fratricida», en Francisco Caudet, “Introducción biográfica y crítica”, en Max Aub, *Campo de los almendros*, Madrid, Castalia, 2000, p. 48.

Ayala ingresó en la Real Academia (1983) y obtuvo el Premio Nacional de las Letras (1988)¹⁶.

La nómina, o el canon, no terminan en estos nombres, singulares y recurrente y afortunadamente aludidos por la crítica académica. En ese sentido, la perspectiva de este trabajo impide recuperarlos a todos, pero nos facilita acudir a las letras de algunos destacados narradores para quienes, quizás, la memoria debe llegar en adelante. SEGUNDO SERRANO PONCELA (1912-1976) escribió en el exilio, entre otras, la colección de relatos *La puesta de Capricornio* (1960) y las novelas históricas *El hombre de la cruz verde* (1973) y la póstuma *La viña de Nabot* (1979): son sus relatos los que le confieren mayor —o mejor— destreza formal. El autor, antiguo miembro de las JSU, fue delegado de Orden Público en el Madrid de 1936, siendo acusado por franquistas y compañeros comunistas de ser el responsable de las sacas del otoño-invierno de aquel año, motivo que ha supuesto, en mi opinión, su olvido literario¹⁷. Más suerte ha tenido MANUEL CHAVES NOGALES (1897-1944), cuyos relatos de *A sangre y fuego* (1937) lo han dado a conocer, en las últimas décadas, como uno de los escritores republicanos más valiosos del exilio. *La agonía de Francia* o *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934) han facilitado, junto a aquellos relatos, la relectura de este periodista antinazi y fino observador de su época, como trasciende del hastío que le produce la guerra y que ratifica en *A sangre y fuego*, con el indicativo subtítulo de *Héroes, bestias y mártires de España*.

Significativa resulta la narrativa de ROSA CHACEL (1898-1994), cuya obra aparece casi por completo en el exilio, que inició en 1937. *La sinrazón* (1960) ha sido vista por la crítica académica como la más destacada de sus novelas, aunque *Memorias de Leticia Valle* (1945) o *Barrio de Maravillas* (1976) han tenido mayor repercusión entre los lectores de las últimas décadas, quizás por las reediciones de corte

16 *Vid.*, Miguel García-Posada, “El jardín de las malicias”, en *ABC Literario*, 15.10.1988, p. III.

17 Andrés Trapiello cuenta la anécdota de cómo Zenobia Camprubí, de la que Serrano Poncela fue jefe directo en América, se negó a saludarlo por su antiguo cargo de Delegado de Orden Público. Cfr. Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010, pp. 588-589. Omito las opiniones de Santiago Carrillo y Ricardo de la Cierva, en sendos libros de 1993, puesto que se separan del objetivo literario de este trabajo.

popular —como es el caso de la última citada— a cargo de la prensa convencional, o de colecciones de quiosco con notable aceptación. En ese sentido, *Barrio de Maravillas*, primera parte de la trilogía formada también por *Acrópolis* (1984) y *Ciencias naturales* (1988) tiene especial interés por la perspectiva memorística y el microcosmos del Madrid de clase media de inicios del siglo XX, previo a la dictadura de Primo de Rivera. Es necesario mencionar —para la causa republicana— su ensayo *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos de jardín* (1980), biografía de su marido, encargado de la protección y traslado de los cuadros del Museo del Prado durante la guerra civil.

Paralelamente, la obra y la figura de MANUEL ANDÚJAR (1913-1994) han contado con especial dedicación por parte de jóvenes filólogos de las últimas décadas. En esencia, su obra comienza a conocerse en la España democrática con cierto retraso —finales de los años ochenta—, aunque en la inmediata posguerra había dado a la imprenta *Cristal herido* (1945) o la guerracivilista *Llanura* (1947), que narra el ambiente prebélico que culminó en el conflicto. Cabe mencionar dos piezas posteriores que forman trilogía con esta última: *El vencido* (1949) y *El destino de Lázaro* (1959), en las que, bajo el mismo presupuesto, se dejan ver el ambiente rural y el caciquismo.

Por otro lado, los “narradores sociales” de los años treinta apenas dieron títulos indicativos tras su exilio, ya que el grueso de su obra se había desarrollado con anterioridad a la guerra. Así, JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ (1898-1941) sobresale por *El blocao* (1928), en torno a la guerra de Marruecos u *Octubre rojo en Asturias* (1935), sobre la Revolución de Asturias de 1934. Idéntico caso es el del murciano JOAQUÍN ARDERÍUS (1885-1969), cuyos inicios rayaron el surrealismo y defendieron posturas anarquistas para dar paso a novelas sociales de notable factura, como *Campesinos* (1931) o *Crimen* (1934); firmó, junto al anterior, *Vida de Fermín Galán* (1931), homenaje literario al héroe republicano condenado a muerte en 1930. Del mismo modo, poco reseñable resulta la obra de exilio de SALVADOR BARTOLOZZI (1882-1950), como tampoco quizás la de BENJAMÍN JARNÉS (1888-1949), pese a ser más activa. Este último había desarrollado su obra con éxito en la preguerra, destacando, desde mi punto de vista, la biografía casi novelada *Doble agonía de Bécquer* (1936), dotada de un apreciable lirismo y toques vanguardistas; menor entidad tienen, en su

trayectoria, las obras de posguerra, de entre las que cabe hacer notar la autobiográfica *Constelación de Friné* (1944), firmada con el seudónimo de Julio Aznar. La excepción la confirma MANUEL D. BENAVIDES (1895-1947), quien escribió en el exilio *La escuadra la mandan los cabos* (1944), en mi opinión la mejor de sus novelas y una de las más singulares de corte social, o *Guerra y revolución en Cataluña* (1946), más cercana al documento histórico que a la ficción.

Merece la pena recuperar el nombre de CARLOTA O'NEILL (1905-2000), autora de ingente obra, sobre todo a partir de la posguerra. La mayoría de sus títulos reviste un tono de novela romántica, como *El amor imposible de Gustavo Adolfo Bécquer* (1942, con el seudónimo de Laura de Noves) o *La triste romanza de amor de Franz Schubert* (1942); en línea autobiográfica escribió *Una mujer en la guerra de España* (1964), personal aportación al tema de la guerra civil.

2. Poetas trasterrados

Los poetas españoles no fueron militantes únicamente desde la Segunda República, sino que también fueron combatientes, dialécticamente, en la guerra civil; la poesía sirvió para defender causas y protagonistas —recuérdense “A Lister”, de Antonio Machado o “Soneto a Franco”, del falangista Dionisio Ridruejo— y asimismo desempeñó el papel de enardecer a los soldados. Así pues, el compromiso político total, indudable, comenzó con anterioridad al exilio y ya fuera de España los poetas siguieron sirviendo —como se ha escrito— a su causa íntima.

Durante el conflicto el bando republicano puso en marcha revistas de calidad innegable, destacando *Hora de España*, entre cuyos fundadores se hallaron poetas como Rafael Dieste, Juan Gil-Albert o Manuel Altolaguirre. Sus páginas acogieron poemas de esos mismos vates, así como otros de María Zambrano, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Emilio Prados —en su época más militante— o Arturo Serrano Plaja. Bajo mi punto de vista, en 1937 era la publicación más resonante de una España en guerra que, además, celebró en Valencia el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura¹⁸.

¹⁸ Es necesario señalar que el bando nacional tuvo, de igual modo, publicaciones propias con objetivos más o menos similares: se puede discutir la calidad de lo publicado o la

A ello se suma el compromiso internacional que adoptaron intelectuales como CÉSAR VALLEJO (Perú, 1892-París, 1938), cuyo poemario póstumo *España, aparta de mí este cáliz* (1939) supuso un homenaje a una España en guerra que se desangraba en el campo de batalla, pero también una identificación personal con la República desde su primer poema: “Himno a los voluntarios de la República”. *España en el corazón* (1937), del futuro Premio Nobel de 1971 PABLO NERUDA (Chile, 1904-1973), fue su contribución a la causa republicana. Y el poeta cubano NICOLÁS GUILLÉN (1902-1989) viajó a la España republicana en guerra, para dejar su impronta con el poemario *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza* (1937)¹⁹.

Quizás sea la poesía el género literario que congregó mayor número de exiliados por el mundo a partir de 1939; se trata, por tanto, de una nómina especialmente extensa porque autores dedicados a otros campos—como María Zambrano o Eleazar Huerta—dejaron asimismo su genio intelectual a través de la lírica.

ANTONIO MACHADO (1875-1939) es, sin lugar a dudas, el poeta más emblemático del republicanismo militante y trasterrado por el conflicto. Su obra cobró relevancia desde la misma publicación de *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907) y *Campos de Castilla* (1912), poemarios ambos de corte modernista y noventayochista que se suman a la obra teatral propia, en colaboración con su hermano Manuel. La egregia, elegante y universal figura del poeta sevillano, indiscutida incluso para autores ultramontanos²⁰, debe asimilarse a la de Manuel Azaña por las trágicas vicisitudes que ambos vivieron en el exilio. Más aún, a través de la revista de Camilo José Cela *Papeles de Son Armadans* pudimos conocer, en tan insospechada fecha como la de 1969, rasgos autobiográficos—datados en 1913—del autor de

entidad de los poetas recogidos, muchos de ellos de calidad indiscutible, pero considero necesario mencionar históricamente *Jerarquía* o *Vértice* como revistas referentes de la España franquista.

19 Sobre el compromiso internacional con la España republicana ver: Amanda Vaill, *Hotel Florida. Truth, Love and Death in the Spanish Civil War*, London, Bloomsbury, 2015.

20 Cfr. Federico Jiménez Losantos, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1994.

Canciones a Guiomar (1933) que son más propios del siglo XXI que del tiempo que le tocó vivir:

«Creo que la mujer española alcanza una virtud insuperable y que la decadencia de España depende del predominio de la mujer y de su enorme superioridad sobre el varón. Me repugna la política donde veo el encanallamiento del campo por el influjo de la ciudad. Detesto al clero mundano que me parece otra degradación campesina. En general me agrada más lo popular que lo aristocrático social y más el campo que la ciudad. El problema nacional me parece irresoluble por falta de virilidad espiritual; pero creo que se debe luchar por el porvenir y crear una fe que no tenemos. Creo más útil la verdad que condena el presente, que la prudencia que salva lo actual a costa siempre de lo venidero. La fe en la vida y el dogma de la utilidad me parecen peligrosos y absurdos. Estimo oportuno combatir a la Iglesia católica y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y estoy convencido de que España morirá por asfixia espiritual si no rompe ese lazo de hierro. Para ello no hay más obstáculos que la hipocresía y la timidez. Ésta no es una cuestión de cultura —se puede ser muy culto y respetar lo ficticio y lo inmoral— sino de conciencia. La conciencia es anterior al alfabeto y al pan»²¹.

El futuro Premio Nobel de Literatura de 1956, JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (1881-1958), abandonó apresuradamente Madrid todavía durante la guerra. Una vez en el exilio, el poeta de Moguer (Huelva) se dedicó a reescribir constantemente su obra, dando a la luz, no obstante, poemarios de indiscutible valor literario como *Animal de fondo* (1949) o *Una colina meridiana* (1950), este último rescatado recientemente en España²².

Desde mi punto de vista, la tercera voz poética de mayor relevancia en el exilio fue la de LEÓN FELIPE (1884-1968), autor a un mismo tiempo de poesía y teatro. Este farmacéutico zamorano, que abandonó su profesión para entregarse plenamente a las letras, produjo lo mejor

21 Cfr. Francisco Vega Díaz, “A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado”, en *Papeles de Son Armadans*, núms. CLX, CLXI, CLXII (julio, agosto, septiembre de 1969), pp. 49-99, 165-216 y 295-328.

22 Juan Ramón Jiménez, *Una colina meridiana* (Alfonso Alegre ed.), Valencia, Huerga & Fierro, 2002.

de su obra en el exilio, como *Ganarás la luz* (1943) o *Antología rota* (1947): ambas destacan en el contexto de una poética personal que había llamado la atención de la crítica desde *Drop a Star* (1933) y que, además, nos deja la visión de un autor dinámico, autodidacta y de verbalismo ágil²³.

En esencia, cuando la guerra civil concluye la Generación del 98 y el *novecentismo* toman caminos divergentes, incluso en contextos intrafamiliares como el de los hermanos Machado: Antonio y José marchan al exilio y Manuel permanece en España, en un principio identificado con el franquismo para, más tarde, pasar al ostracismo. Valle-Inclán y Unamuno habían muerto en 1936; Baroja y Azorín permanecieron en la España de Franco; Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón o José Ortega y Gasset regresaron e, incluso, Eugenio D'Ors —acuñador del término “noucentisme”, en catalán; luego “novecentismo”, en castellano— fue bien acogido por el franquismo. Distintas fueron, sin embargo, las circunstancias de la Generación del 27: asesinado Federico García Lorca (1936), el grueso del grupo poético del veintisiete marchó al exilio, permaneciendo en España Gerardo Diego —de suyo conservador por tradición familiar—, Dámaso Alonso —quien con *Hijos de la ira* (1944) dio origen a la “disidente” poesía desarraigada— y Vicente Aleixandre, más adelante Premio Nobel de Literatura en 1977.

El grupo del 27 desarrolló en el exilio una ingente labor que, sin lugar a dudas, comenzó en los años veinte con el homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla (1927). Así, PEDRO SALINAS (1891-1951) sumó a su temática amorosa *Lost Angel and Other Poems* (1938) y *Todo más claro y otros poemas* (1949), entre otros títulos que incluyen una sobresaliente faceta como dramaturgo. Su discípulo JORGE GUILLÉN (1893-1984), regresado a España tras la muerte del dictador, publicó en Argentina *Clamor. Maremagnum* (1957), iniciando así un personal ciclo poético de madurez. De LUIS CERNUDA (1902-1963) destaca *Desolación de la quimera* (1962), su último poemario, obra de plenitud con ecos de Garcilaso de la Vega. Por su parte, la obra de exilio de RAFAEL ALBERTI (1902-1999) resulta ingente y, además de la poesía, cabe destacar sus memorias, *La arboleda perdida*, tres tomos

23 *Vid.*, Francisco José Peña Rodríguez, “Antología rota”, en *LL Journal*, Nueva York, CUNY, 2008: <https://lljournal.commons.gc.cuny.edu/2008-1-pena-rodriguez-texto>.

que nos dan fe de vida, de grupo y de una época. El gaditano, diputado en las Cortes Constituyentes de 1977 por su provincia natal, dedicó sus años de exilio igualmente al teatro, siendo clamoroso el estreno de *El adefesio* en el Madrid de 1976.

Paralelamente, MANUEL ALTOLAGUIRRE (1905-1959), editor del veintisiete antes de la guerra, publicó fuera de España algunos de sus mejores títulos como *Fin de un amor* (1949) o *Poemas en América* (1955), además de teatro y guiones de cine. Murió en España en accidente de tráfico mientras presentaba su filme *El cantar de los cantares* (1959) en el Festival de San Sebastián. A su vez, EMILIO PRADOS (1899-1962) escribió lo más importante de su obra durante la guerra civil y, sobre todo, en el exilio: este poeta militante del PCE destacó en los años veinte por sus *Canciones del farero* (1926), pero no menos notables son sus posteriores *Cancionero menor para los combatientes* (1938), *Memoria del olvido* (1940) o *Río natural* (1957)²⁴.

Como se decía, la nómina de poetas republicanos en el exilio haría necesaria una visión única de la lírica, al margen de los demás géneros, pero no por ello se debe dejar de recoger “otros nombres” —distintos de los que se repiten en los manuales o de los ya mencionados—, como los de Concha Méndez, Juan José Domenchina, Enrique Díez Canedo, Ernestina de Champourcín, Pedro Garfias, Juan Larrea, José Moreno Villa, Juan Rejano, Alfonso Vidal y Planas, Ramón Xirau, Josep Carner o Aurora de Albornoz.

JUAN LARREA (1895-1980) participó en los movimientos de vanguardia como el *creacionismo* y el *ultraísmo* junto a su amigo Gerardo Diego —que lo incluyó en la famosa antología de 1932-1934—, César Vallejo o Jorge Luis Borges, revelándose como uno de los más importantes poetas de su generación desde *Oscuro dominio* (1934); de su producción del exilio destaca *Versión celeste* (1970). Otro poeta singular fue, sin lugar a dudas, JOSÉ MORENO VILLA (1887-1955), cuya obra más conocida —probablemente por una reciente edición (2000)— es *Jacinta la pelirroja* (1929), de ecos y fórmulas vanguardistas, en torno a un amor finalmente truncado; no

24 Una amplia visión de este grupo en Miguel García-Posada, *Acelerado sueño. Memoria de los poetas del 27*, Madrid, Espasa, 1999.

obstante, en su exilio, entre otros, dio a la imprenta *La noche del Verbo* (1942), también de indiscutible valor literario. Por su parte, CONCHA MÉNDEZ (1898-1986), perteneciente por contemporaneidad y amistad a la Generación del 27 no solo nos legó obras como *Lluvias enlazadas* (1939) o *Vida o río* (1979), sino que tras su separación de Altolaguirre fue la valedora de Luis Cernuda en su etapa mexicana, cuando el poeta sentía más fuerte la desesperanza de no regresar a España. Al poeta andaluz debemos unos versos, pertenecientes al poemario *Las nubes* (1940-1943), que recogen a mi modo de ver la esencia del pensamiento del exiliado:

«Una mano divina
 Tu tierra alzó en mi cuerpo
 Y allí la voz dispuso
 Que hablase tu silencio.
 Contigo solo estaba,
 En ti sola creyendo;
 Pensar tu nombre ahora
 Envenena mis sueños».

El expresidente de la Comunidad de Madrid, Joaquín Leguina, que en 1992 tomó alguno de sus versos para dar título a una de sus novelas, nos explica que:

«Esa herida abierta del exilio, como no podía ser de otra manera, influyó en su obra y no hay derecho a ocultarlo o edulcorarlo. Traeré a este propósito dos poemas, el primero de ellos se titula “Un español habla de su tierra” y fue escrito durante el primer exilio, el británico. Pertenece a “Las nubes” y está incluido en su poemario, continuamente renovado, *La realidad y el deseo*. Son versos bien conocidos, porque Paco Ibáñez los usó en una hermosa canción. Estoy en deuda con este poema, pues a él se debe el título de una de mis novelas, “Tu nombre envenena mis sueños”, que Pilar Miró llevó al cine en la que fue su última película»²⁵.

25 Cfr. Francisco José Peña Rodríguez, *La obra literaria de Joaquín Leguina (1985-2006)*, Madrid, Pliegos, 2012, pp. 162-163. El poema fue acabado el 24 de abril de 1940 en Glasgow, durante lo que, como bien señala Leguina, fue el primer tramo del

3. Teatro y ensayo fuera de España

Hasta la aparición de *Historia de una escalera* (1949), de Antonio Buero Vallejo; de *Escuadra hacia la muerte* (1953), de Alfonso Sastre o del incombustible Alfonso Paso —falangista y yerno del genial Enrique Jardiel Poncela—, el panorama teatral español se desarrolló exclusivamente con calidad y solvencia en el exilio. Más allá de intérpretes singulares de la talla de Margarita Xirgu o Amelia de la Torre, o de directores de escena como CIPRIANO DE RIVAS CHERIF (1891-1967), cuñado además del presidente Azaña, los autores de mejor técnica y formación tomaron el camino del exilio identificados con la Segunda República. Rivas Cherif montó fuera de España piezas como *El hombre que murió en la guerra* (1949), de los hermanos Machado, o dramas de Federico García Lorca (*Yerma*; *La casa de Bernarda Alba*) a inicios de los cincuenta. El verdadero papel de este dramaturgo consistió no solo en dar a conocer obras españolas a lo largo y ancho de América Latina, sino también adaptarlas al público de aquellas tierras. Como él, EDUARDO UGARTE (1901-1955) desarrolló la mayor parte de su labor escenográfica en el exilio, estrenando una interesante pieza, *La casa de naipes* (1958), actualmente de difícil acceso.

Los ya citados Max Aub (*El rapto de Europa*, 1946; *Deseada*, 1950), Pedro Salinas (*La cabeza de la medusa*, 1945; *El chantajista*, 1947) o Rafael Alberti (*El adefesio*, 1944) escribieron sus mejores piezas teatrales en el exilio, sobre todo porque antes del estallido de la guerra habían adoptado compromisos intelectuales a través, como se ha visto, de otros géneros. Además de ellos, singular resulta el caso de ALEJANDRO CASONA (1903-1965), un dramaturgo de altas cualidades y obras de relevante interés como *La sirena varada* (1934), *Nuestra Natacha* (1935) o *La dama del alba* (1944), que tras veinticuatro años de exilio en Sudamérica regresó a España (1962) encontrando un apoyo interesado del régimen imperante y una oposición crítica del mundo teatral, materializada en artículos aparecidos en la mítica revista *Primer Acto*.

PAULINO MASIP (1899-1963), iniciado en la poesía a principios del siglo XX (*Remansos líricos*, 1917), había dado pruebas de su genio

exilio de Cernuda. *Vid.*, Jordi Amat, *Luis Cernuda. Fuerza de soledad*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002, p. 173.

teatral durante la República con textos como *La frontera* (1933), aunque como los demás citados fue durante su exilio cuando su trayectoria cobró relevancia con obras como *El hombre que hizo un milagro* (1944), o la novela *El diario de Hamlet García* (1944). Por su parte, JACINTO GRAU (1877-1958) se había consagrado con anterioridad a julio de 1936: en el exilio estrenó *Las gafas de don Telesforo* (1954) y varios ensayos dedicados a la literatura, destacando *Unamuno y la angustia de su tiempo* (1943)²⁶.

En otro orden de cosas, debemos entender por ensayo «aquellos géneros considerados tradicionalmente fuera del ámbito de las Poéticas, por tratar materia doctrinal y no ficcional»²⁷. Así, además de los diarios de Manuel Azaña, es preciso mencionar las memorias del lendakari vasco JOSÉ ANTONIO AGUIRRE (1904-1960), *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín* (1942); las *Memorias* (1994-1995) del diputado socialista albaceteño JOSÉ PRAT GARCÍA (1905-1994); los diversos ensayos del ministro azañista LUIS DE ZULUETA (1878-1964) o los recuerdos del matemático y militar republicano MANUEL TAGÜEÑA (1913-1971) plasmados en *Testimonio de dos guerras* (1973).

Con todo, igual que el caso de la poesía, el ensayo implica un desarrollo más extenso que el que ocupa un análisis como el nuestro; aun así, quizás sea MARÍA ZAMBRANO (1904-1991) la ensayista de mayor relevancia en el exilio. La filósofa malagueña comenzó su compromiso intelectual republicano participando en *Hora de España* (1937), la mencionada revista de los escritores republicanos en combate; igualmente formó parte del Consejo de Propaganda y del Consejo Nacional para la Infancia Evacuada y, una vez exiliada, siguió colaborando en revistas de la diáspora como *Romance o Nuestra España*²⁸. De entre sus temas, el de la unión de la filosofía y el pensamiento con la poesía es quizás el que más interesa para nuestro

26 Sobre el teatro del exilio además: Manuel Aznar Soler, “Historiografía y exilio teatral republicano de 1939”, en *Iberoamericana*, XII, núm. 47 (2012), pp. 129-141.

27 Cfr. Antonio García Berrio y Javier Huerta Calvo, *Los géneros literarios: sistema e historia*, Madrid, Cátedra, 2015, pp. 218-219.

28 Véase además Francisco Caudet, *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra, 2005; Francisco Caudet, *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2007 y María Novoa Portela, “Breve historia

trabajo: *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939) y *Filosofía y poesía* (1939). Además, dejó un singular estudio galdosiano (*La España de Galdós*, 1960) y de necesaria lectura —actual— nos resulta su “Carta sobre el exilio” (1961)²⁹.

AMÉRICO CASTRO (1885-1972) y CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ (1893-1984) fueron, sin duda, dos de los más importantes historiadores del siglo XX. Américo Castro —discípulo aventajado de Ramón Menéndez Pidal— dedicó su labor docente e investigadora a la literatura española (Lope de Vega, Tirso de Molina, Rojas Zorrilla), dejando títulos tan importantes para nuestra historiografía literaria como *Lo hispánico y el erasmismo* (1940-1942), *España en su historia* (1948), *Hacia Cervantes* (1957) o *Cervantes y los casticismos españoles* (1967). Paralelamente, Sánchez Albornoz, ministro republicano (1933) y presidente del Consejo de Ministros de la República en el exilio (1962-1971), nos legó imprescindibles estudios históricos —no en vano fue miembro de la Real Academia de la Historia y Premio Príncipe de Asturias de Comunicación—, especialmente dedicados a la España medieval y el Islam, de entre los que destaco *El Islam de España y el Occidente* (1974).

En el mismo sentido debo añadir a los albaceteños TOMÁS NAVARROTOMÁS (1884-1979) y ELEAZAR HUERTAVALCÁRCEL (1903-1974). Al primero, también discípulo de Menéndez Pidal, director de la Biblioteca Nacional (1936-1939), académico de la RAE (1935) y cofundador de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, debemos *Manual de entonación española* (1948) y, por encima de todos, su esencial e imprescindible *Métrica española. Reseña histórica y descriptiva* (1956). Por su parte, el socialista Huerta, presidente de la Diputación de Albacete (1936), alcalde de Albacete (1937) y director general de lo Contencioso Administrativo (1937-1938), en su exilio chileno escribió, entre otros ensayos filológicos, *Poética del Mío Cid* (1948) o *El simbolismo de la mano en Bécquer* (1990):

del exilio literario español en México (1939-1950), en *SEMATA, Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 24 (2012), pp. 415-434.

29 Cfr. VV.AA., *María Zambrano. Premio Miguel de Cervantes 1988*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp.37-73.

«En su casa de Santiago de Chile impulsó una tertulia en la tarde de los sábados, a la que acudían literatos y transterrados, como sus paisanos Antonio Rodríguez Romera, Antonio Candel y José María Martínez Requena. Allí mismo recibió también y trató a los hermanos de Antonio Machado José y Joaquín, y mantuvo una estrecha amistad con el poeta Pablo Neruda»³⁰.

Como se decía, la lista se hace interminable y es necesario concluir la —incompleta, eso sí— sin olvidar a Carlos Blanco Aguinaga, Rafael Altamira, José Gaos, Agustín Millares Carlo, Alfonso Rodríguez Castelao, Teresa Pàmies, Juan Grijalbo, Eduardo de Ontañón, Josep Renau, Ángel Samblancat, Adolfo Sánchez Vázquez, Matilde de la Torre Gutiérrez, Xesús Lorenzo Varela y Pilar de Zubiaurre.

Conclusión inconclusa

La literatura y la política se unieron en la guerra civil, sirviendo la primera de altavoz de los intelectuales para defender una idea de España que la segunda, a través de políticos y militares, podía desarrollar utópicamente. El fenómeno del exilio —terrible consecuencia del conflicto— separó a una intelectualidad notable de su país, pero también de otros autores contemporáneos que, al unísono y parafraseando a José-Carlos Mainer, conformaron la “Edad de Plata” de nuestras letras, que la sublevación militar de 1936 cortó de raíz.

En efecto fue un exilio humano pero también político, como Manuel Aznar Soler ha remarcado en alguno de sus trabajos, citado aquí. Entre los cientos de miles de españoles de ideas republicanas que salieron de nuestro país se hallaba lo más florido de la intelectualidad, la docencia, la creación, la vanguardia y, aunque obvio, surgió otro fenómeno que nos ocuparía un trabajo distinto: el exilio interior. María Moliner o Vicente Aleixandre, entre otros, permanecieron en España bajo el régimen de Franco, ambos silenciados y apartados de la vida oficial —aunque el magisterio del poeta del 27 fue poderoso entre las generaciones posteriores en su mítica casa de la calle Velintonia de Madrid—, pese al alto calado de sus trabajos. Se ha escrito aquí,

³⁰ Cfr. Andrés Gómez Flores, “Introducción. Infancia en Albacete entre 1914 y 1918”, en Eleazar Huerta, *Memorias de infancia*, Albacete, Altabán, 2018, p. 12.

además, el trato del régimen hacia Alejandro Casona, un excelente autor teatral; pero también se debe añadir al general VICENTE ROJO (1894-1966), quien regresó en 1957 y dejó su memoria en *¡España heroica!* (1961) y *Así fue la defensa de Madrid* (1967): ciertos componentes del Consejo de Ministros se negaron a reconocerle la pensión militar que por derecho le correspondía. Parecido trato recibió el coronel SEGISMUNDO CASADO (1893-1968), cuyas memorias (*Así cayó Madrid*, 1968) fueron “corregidas” por la censura. Casado acabó sus días en un piso del barrio de Argüelles de Madrid, habiendo sido repudiado por el exilio a causa de su golpe de 1939 pero tampoco aceptado por el franquismo, que le abrió un proceso y no le reconoció ni grado militar ni pensión.

A lo largo de las ocho décadas transcurridas entre el final de la guerra civil y nuestros días, la visión del exilio literario ha merecido cortas citas en los manuales al uso, alusiones únicamente a los nombres más señeros de la literatura trasterrada—en otro punto se ha explicado—, ya que, como indica el profesor Caudet, nuestro país presenta desde 1939 una variante que no se dio en otros países europeos en conflicto:

«La principal es que en España triunfó, en 1939, el fascismo del nacional-catolicismo y se mantuvo, durante cuarenta años, en el poder. Esta variante vulneró en su momento, y lo sigue haciendo hasta hoy, la función—según Tusell—de la memoria “como elemento que configura espiritualmente una sociedad, y, además, es indicio de los cambios que en ella se producen”»³¹.

Esto es, el olvido, además de la censura. Motivos que han hecho que algunos de los nombres que aquí se recogen —y otros muchos— sean hoy casi desconocidos para los españoles, sean esos españoles lectores o no. A raíz de la cuestionable *Ley Fraga* (1966) —y a las argucias de intelectuales y editores de izquierdas—, algunos intelectuales republicanos visitaron España casi a escondidas por motivos literarios (Josep Carner, Ramón J. Sender); en otros casos, el esfuerzo (re)conciliador fue loable, como los intentos de Camilo J. Cela a través de *Papeles de Son Armadans* o los contactos de Dionisio

31 Francisco Caudet, “¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura del exilio republicano de 1939?”, *art. cit.*, p. 994.

Ridruejo³²; nada de ello surtió efecto. Coincido, pues, con Francisco Caudet —destacado experto en el exilio y, además, director de mi tesis doctoral— en que exilio e interior deben compartir unidad histórica en la investigación, la docencia y la divulgación de nombres y obras; solo así se podrá pasar página.

Transcurridos ochenta años desde la salida de todos aquellos intelectuales y conocidas cada vez con más solvencia sus vidas y aciertos —gracias en buena parte a obras como *Las armas y las letras*, de Andrés Trapiello, entre otros estudios³³—, creo que es el mejor momento para acercarnos a ellos con el propósito de rendirles el homenaje que se les debe —porque también su actitud y sus letras lo merecen— y recuperar su memoria para la Historia de la Literatura Española Contemporánea.

32 Dionisio Ridruejo, *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo* (Jordi Gracia ed.), Barcelona, Planeta, 2007.

33 Andrés Trapiello, *Las armas y las letras*, *op. cit.*, pássim. Aconsejo al lector la consulta de este magnífico y amplio libro, ya que en él hallará ampliación solvente y documentada acerca de todos los nombres que se recogen en este trabajo.